

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

LA INTERNACIONAL ANTE LAS CORTES.

Terminaron al fin en el palacio de las leyes, después de cuatro semanas completas de ejercicios académicos, las graves discusiones acerca de la sociedad que dentro de la existente se organiza y arma de prisa y sin rebozo contra toda ley y todo gobierno; discusiones que para bien del país ojalá no hubieran empezado! No que no haya fluido caudaloso y elocuente amenudo la vena parlamentaria, ni que haya dejado de saturarse bien la atmósfera de filosóficas teorías, de poéticas imágenes, de ingeniosas réplicas y hasta de verdades oportunas: no han faltado á las buenas doctrinas hábiles y enérgicos defensores, ni en los que las admiten mas ó menos restringidas é incompletas ó que las profesan del todo erróneas han escaseado preciosas confesiones, ni aun el mismo escándalo bajo su mas repugnante forma ha carecido tal vez de saludable efecto: pero el tiempo, el lugar, el debate, la forma de introducirlo, el modo de sostenerlo, el resultado que ha traído, nada ha habido conducente al objeto que se deseaba ó que era de desear. El tiempo se ha perdido, el lugar se ha rebajado á ser eco de humillantes controversias y de amargas recriminaciones, el debate ha provocado deplorables querellas adentro é insolentes retos afuera, y su planteamiento, su marcha y sus consecuencias han distado de ser las que convenian á la franca iniciativa de un gobierno fuerte, á la sensatez

y acuerdo fundamental de los representantes de la nación, al solemne fallo de un cuerpo legislativo.

Para entablar la cuestión en el congreso cualquier medio era mas propio y mas digno que el de una interpelación. ¿A qué se reduce pues la vigilancia y solicitud del poder ejecutivo, si para proceder contra una asociación que *amenaza la seguridad del estado* y que está *fuera de la constitucion y dentro del código penal*, ha de aguardar la escitación de un diputado opositor? Si tan seguro estaba de ser ilícita la Internacional, ¿tenia mas que llamar mediante circulares la atención de sus fiscales y gobernadores hácia programas que equivalen á llamamientos incendiarios y hácia reuniones puestas en desacuerdo con la moral pública? El código y la constitucion se habrían aplicado por sus guardadores legales, sin dar lugar á eternas disputas y contrarias interpretaciones; habria desconcertado á los mas audaces el súbito y no anunciado golpe, ó al menos reducido al silencio sus sediciosas protestas; y cuando en el parlamento se pidiera cuenta de su conducta al gabinete, no hubieran sido mas terribles los cargos que se le dirigieran por sus actos de los que se le han hecho ahora por sus propósitos, y acaso su vigor le conquistara por otro lado mas vivas adhesiones. Pero si lo que se propuso fué una pobre treta para afianzarse en el banco azul y un lazo tendido á sus nuevos adversarios para alejarlos mas y mas del poder ó poner á

prueba su radicalismo, en verdad que ni aun esto poco ha conseguido, pues no pudo atraer apoyo á sus ideas sin renunciar el apoyo á sus personas, declarando liga de defensa social lo que habia empezado por voto de confianza al ministerio.

Triste espectáculo el de unas cortes sucesoras de las constituyentes y compuestas en gran parte de sus mismos hombres, para las cuales el texto de la reciente constitucion es ya un enigma capaz de ser descifrado en sentidos contradictorios! La elasticidad de sus artículos se estrecha ó ensancha á voluntad del que los emplea: su voz es un oráculo que siempre responde á placer del que lo consulta. Ved aquí á lo que ha venido á reducirse la inamovible base de nuestras leyes, la tabla primordial de nuestros derechos. Pero todavía han resultado de peor ejemplo las interminables discusiones á que se han entregado los legisladores del pais en busca de la moral, echándose á investigar, como si del mas desconocido é indefinible elemento se tratara, cuál es y dónde reside la norma y regla de las acciones humanas. De consiguiente no es extraño que, si durante la semana se ponía en tela de juicio la moral teórica, en las sesiones de los sábados pareciera perdida por entre los escaños del congreso la moral práctica, segun la multitud de abusos ó *puntos negros* que mutuamente de banco á banco se denunciaban. Sin embargo, lo que dolian y el rumor que levantaban tales acusaciones, eran pruebas mas que suficientes de que la moral es menos seguida que ignorada, que sus infracciones proceden mas de culpa de la voluntad que de error del entendimiento, y que á ellas sobrevive el remordimiento hasta en los mas *despreocupados*, como al remordimiento sobrevive la vergüenza. Prescíndase ó no del divino origen y sancion que llevan sus preceptos, estén ó no consignados en el código penal, la mayor parte de ellos son respetados en principio, y se rechaza en sociedad como un sangriento ultraje la inculpacion de haberlos atropellado. Se dirá que estas observaciones solamente son aplicables á la moral privada, ¿y es otra cosa que un reflejo de ella la

moral pública? Pues qué! será punible por los tribunales el robo, ¿y no lo serán las excitaciones que se hacen y los clubs que se reúnen para la abolicion de toda propiedad? se perseguirá el adulterio, el estupro, la mas leve ofensa al pudor, ¿y será lícito proclamar la disolucion del matrimonio? se reprimirá, no ya todo movimiento, sino hasta todo grito contra la constitucion, contra la dinastía, contra la legalidad existente ¿y no habrá facultad para cohibir la propaganda, que mañana será insurreccion abierta, contra la familia, contra la patria, contra Dios?

No, no está bien puesto el epigrafe de este artículo; no debí escribir *la Internacional ante las cortes*, sino mas bien *la Internacional en las cortes*. ¿De qué otra manera se hubieran producido sus insensatos apóstoles, dado que penetraran en aquel recinto? ¿Habrian blasfemado mas brutalmente del autor de esta moral de amor y mansedumbre que detestan los hijos del odio, dentro de la cual vive y se mueve la sociedad aun sin saberlo y sin quererlo, y de la cual una vez recibida ya no pudiera prescindir sin acabar con su propia existencia? ¿Habrian comparado con mas desatino la próxima aurora de la gran venganza con la que trajo al mundo la caridad universal, y la actitud no ya resistente sino agresiva de esos sectarios azuzando de continuo á la pelea y al despojo, con la sumision de los primitivos cristianos siempre dispuestos al martirio? ¿Habrianse esforzado en vindicar con mas especiosos sofismas sus horribles negaciones y sus disolventes utopias? Y los que tal hacen protestan no participar de ellas por completo; los hay aun que afectan combatirlos; pero su vanidad, su espíritu de rebeldía, su aversion jurada á toda verdad sobrenatural, les constituyen ciegos apologistas del error supremo, por mas que se nieguen á recorrer sus últimas gradaciones. Mal agradecidas por parte de sus defendidos les han salido estas finézas, pues los órganos internacionalistas las rechazan al igual de los mas duros ataques, igualando en un comun desprecio á los que llaman representantes *de la burguesía*. Atribuyen á miras particulares sus

halagos, desmienten sus aseveraciones, ponen de realce sus inconsecuencias, ridiculizan sus talentos; treguas, transacciones, alianzas, hasta un juicio favorable, nada aceptan, porque ninguna competencia reconocen. Amigos ó adversarios le son al comunismo indiferentes, mientras no formen en sus filas ni se sometan á sus prescripciones: y habrá quien aplaudiendo esta firmeza, acuse luego á la Iglesia de intolerante!

Francamente que bajo el aspecto racionalista la lógica está por los implacables, ora se atiende á las deducciones de los principios, ora al desenvolvimiento de los deseos y aspiraciones, para cuya limitación es desautorizado é impotente cualquier sistema ó resorte humano: armas de otro temple, verdades de esfera superior se requieren para enfrenar las pasiones y esclarecer las ideas. «Nadie puede ser juez y parte á un mismo tiempo,» dicen con razón, y este juez ¿dónde encontrarlo sino fuera y por cima de la humanidad? Suprimid á Dios, suprimid la otra vida, suprimid el evangelio, y acumulad en cambio observaciones históricas, teorías políticas, artificios económicos, y vereis cuanto tardan en ser arrollados estos frágiles parapetos por las desbordadas muchedumbres que reclaman igualdad de goces y de fortuna. En combates á oscuras, es decir, en que se prescinde de la solución religiosa, encerrándose en la filosofía humana como en una nube que intercepta la luz del cielo, llevan siempre la ventaja los errores estremados sobre los indecisos y de media tinta; pero aparece un rayo de fé, y se obra de súbito en el campo un movimiento inverso, decidiéndose la victoria por los que mas de lleno y sin amalgama lo reciben. Sirvan de ejemplo las recientes discusiones: en el terreno de la razón atea no ha habido sino derrotas para cuantos han intentado estacionarse en mitad de la pendiente sin rodar hasta el fondo del abismo; para resistir con éxito han tenido que apelar á las doctrinas católicas los mismos que mas entusiasta culto rinden á la ciencia, y si en algun punto se han mostrado flojos es cuando de esta han presumido en demasía.

Por lo demás, felicitémonos de homenajes, que si algo pierden por in-completos, ganan mucho en fuerza y autoridad por los labios de que proceden. No ha sido lo menos triste del debate ver con qué empeño los defensores de la causa del orden se negaban mutuamente la sinceridad ó la competencia para el cumplimiento de misión tan digna, y olvidados del alto objeto que reclamaba por el momento su unión, cruzaban entre sí los fuegos por intereses ó jactancias de partido. ¿Es que exagerando la gravedad é inminencia del peligro social, tratan solo de explotarlo para sus peculiares fines? ó es que reconociendo próximo á estallar el incendio, se entretienen no obstante en averiguar antecedentes y en dirigir cargos á los auxiliares que á extinguirlo acuden? La bandera de la verdad á nadie escluye, venga de donde viniere, mas tarde ó mas temprano; para sostenerla nadie hace falta, porque Dios mismo la sostiene; para seguirla nadie está de sobra. El remedio salvador ningun partido lo posee; está en la religion que une, y no en la política que divide; y ese espíritu católico y genuinamente español, ante el cual se inclinó unánime la cámara, solo halló su intérprete en un sacerdote.

¿Qué resultará del largo proceso y de la vaga sentencia? Si el ministerio no pensó mas que en ganar una batalla á sus adversarios políticos, probablemente se dormirá sobre sus laureles, sin dársele nada de haber aumentado la importancia y los bríos de la Internacional con amenazas no cumplidas. Si al contrario toma por lo serio su represión y le dan lugar á ello los opositoristas, entonces cambiará de forma la terrible liga, cobrando poder en las tinieblas y fuerza en la persecución. Pero de todas maneras, desengañémonos, ni las cortes ni el gobierno salvarán á la sociedad con leyes, si ella no se salva á sí misma con la reforma de costumbres. No procede de una clase sola el abuso de derechos y el olvido de deberes que á tal punto nos han traído; y como todos contribuimos al mal, todos tenemos que contribuir á la enmienda.

LOS CONGRESOS CATÓLICOS.

CARTA DÉCIMAQUINTA DE D. VICENTE DE LA FUENTE.

Madrid 11 de noviembre de 1871.

Hace mas de un año que se agita la idea de celebrar un congreso católico en España por el estilo de los que se celebran en el extranjero, principalmente en Alemania; y ya en el año pasado, al celebrarse el tríduo de rogativas por su santidad en la iglesia de san Isidro de Madrid, se emitió ese pensamiento, y fué acariciado por personas muy respetables y autorizadas. A vista de los que se acaban de celebrar en Alemania y en Italia ultimamente, repítase la misma idea, y se oye á muchos católicos esclamar: «¿Qué hacemos nosotros?—¿Cuándo lograremos tener un congreso?—¿Qué dirán de nosotros los extranjeros?—Es preciso hacer algo!»

Yo creo que es preciso hacer no *algo* sino *mucho*, pero la cuestion es saber que *algo* es lo que se debe hacer y calcular sus resultados. A veces á un enfermo, por *darle algo* las enfermeras y reanimarlo un poco, le dan una gran taza de sopas y vino, cuando lo que necesitaba era dieta, y por darle algo le aumentan el padecimiento.

Que el cuerpo social está enfermo, muy enfermo, es indudable: que el catolicismo está horriblemente perseguido y golpeado en su cabeza el romano pontífice, es cierto y muy cierto por desgracia: que nosotros no podemos ya confiar en ningun poder de la tierra, en ningun príncipe ni en ningun gobierno, es otra gran verdad, como lo es tambien que debemos hacer algo por remediar esos males. ¿Será un remedio por lo que toca á España el celebrar un congreso? ¿Producirá algun bien, siquiera un alivio? Vamos á estudiarlo imparcialmente, y principiemos por dejar á un lado el qué dirán los extranjeros. El católico lo que tiene que mirar es lo que dirá Dios: lo demás ni es sensato ni es católico. Pongámonos á examinar esta cuestion en la presencia de Dios como buenos cristianos, y con la austeridad de principios que esto lleva consigo.

Examinemos ante todo la enfermedad y el enfermo. Escuso hacer aquí la pintura del mal: hemos llegado á la negacion del matrimonio, de la familia, del estado, de todo gobierno, de toda moral, hasta la negacion de Dios, hasta el ateismo; hemos llegado ya al odio á Jesucristo, y un diputado á guisa de energúmeno ha repetido en el congreso las palabras de los judíos, si no pidiendo su asesinato porque este

ya se comelió, aplaudiendo el crimen y el deicidio. No puede ya llegar á mas la impiedad: solo falta el culto de los ídolos y del demonio, y este no tardará; si no es público todavía, en secreto por lo menos existe, y los espiritistas lo practican en sus negros conventículos y supersticiosas evocaciones.

Pero ¿estamos sanos nosotros? Si no lo estamos ¿podremos curarlos á ellos? Esta es la cuestion. Para mí el gran mal no está en que los malos sean malos, sino en que los buenos no somos buenos. Al meternos pues á curaderos, nuestra conciencia nos dice el terrible: *Medice, cura te ipsum!*

¿Dónde están los católicos en España? El católico que no frecuenta los sacramentos no es católico, es católico de pega. ¿Dónde está su fé? Si cree en la sagrada Eucaristía, si sabe los tesoros que encierra, si sabe que en ella está la fuerza vital, la virilidad del catolicismo, ¿cómo es que no comulga? En Madrid se comulga muy poco, y no es proporcionalmente de los pueblos donde menos se comulga en la península; en las provincias que he tenido ocasion de visitar, solo comulgan generalmente los hombres para el cumplimiento pascual, ¡y cómo! ¿Y con estos católicos se cuenta para remediar los males que agobian á la Iglesia y reducir á los impíos? ¿Qué han de curar esos cristianos de boca, gentiles por sus obras y conducta?

¿A qué se reduce pues el catolicismo en España? A tener una fé muerta, una fé que no se practica, unas creencias que nunca llegan á realidades, á examinar los hechos ajenos y no examinar la conciencia propia, á escandalizarse de la impiedad de los impíos, y no escandalizarse de la inmoralidad é impiedad práctica de los católicos. Esta es la verdad neta. Los impíos y los revolucionarios son enemigos de Dios; los católicos españoles en su casi totalidad, salvo honrosas excepciones, no son enemigos de Dios, pero tampoco amigos⁽¹⁾. El dogma católico contra los protestantes, y el refran español conforme con el dogma, dicen: *Obras son amores que no buenas razones*. A la luz de esta triste realidad se echa de ver que el castigo que llevamos de mano de Dios no es solo por ellos, sino por nosotros, que

(1) De estas desconsoladoras reflexiones, que dicta á nuestro amigo su fervoroso celo, no deben sacar argumento los adversarios del catolicismo para suponer que este ha muerto ó que ha venido á reducirse á una mera convencion ó rutina, sino tomar estímulo los fieles para crecer en piedad y fortaleza. Exactas y oportunas serian en cualquier lugar y tiempo, porque ni aun en el seno de la comunidad mas perfecta se ha llenado nunca la medida de la fé y de la caridad, ni han correspondido absolutamente las obras á las creencias: cuánto mas oportunas y exactas son por desdicha en dias de tibieza y relajacion universal! (N. de la R.)

no podemos reformar la sociedad sin reformarnos, y que mirándolo bien *merito patimur*.

Dada la verdad innegable de estos males, ¿estamos en el caso de remediarlos con la celebracion de un congreso católico? ¿Qué es un congreso católico? Yo los he visto, yo he asistido á dos de ellos, y no hablo de oídas. Un congreso, aunque sea de católicos, es *un congreso*; y diciendo esta palabra, ya se sabe que es una reunion donde se habla mucho y se hace poco. Precisamente el mal de la época es el charlatanismo: ¿vamos pues á curar el charlatanismo impío con el charlatanismo de los católicos? Afirmar que los asistentes á ellos sean charlatanes seria una falta de caridad y un grosero insulto; solo diré que en diversas peroratas ví entrar por mucho el lucimiento personal, y mas frecuentados los debates de política y economía que las secciones de obras de caridad. Así es que la reunion que hubo en Malinas en este año, se limitó á dar cuenta de la obra del dinero de San Pedro y de cosas análogas, y fué lo mejor que pudo hacer. Dícese que en Alemania dan los congresos felices resultados. No los he visto, y por tanto suspendo el juicio; pero lo que el catolicismo haya ganado en Alemania y Bélgica en estos últimos años, creo que no lo debe á los congresos y que sin ellos lo hubiera tambien obtenido. De todas maneras pueden ser allí muy buenos y no convenir aquí.

En España, se me dirá, no negareis que sean de actualidad los congresos al ver que ya no solamente los albéitares y maestros de obra prima y segunda, sino tambien los estudiantes de medicina quieren *congresear* para enseñar á sus catedráticos. Pero el catolicismo es demasiado serio para pensar en hacer lo que, si bien en otros países sea cosa seria, en el nuestro va siendo una arlequinada estrambótica. Aquí se juega á todo: los grandes á los toros, los menestrales á los soldados, y los niños á los diputados. ¿Estamos pues en España para aumentar ahora este diluvio de congresos celebrando uno de católicos?

Lo primero que se ocurre es ¿si se puede celebrar con la venia de la partida de la Porra? El señor Rojo Arias, ó llámese como quiera el gobernador, dirá que sí, y pondrá otro bando si es necesario, sin perjuicio de que se vuelva á encerrar otro toro frente al congreso católico, que se suban espuelas de piedras á los balcones fronteros para descalabrar á los obispos y á los curas al pasar la procesion, y que los toreros se instalen á la puerta del edificio para dar algun volapié á los honorables miembros de la asamblea, ó metan en ella media docena de

debotos que griten ¡viva tal ó viva cuál! y la reunion concluya á linternazos. En Alemania y en Bélgica no sucede esto; en España hay noventa y nueve probabilidades contra ciento de que suceda y corra sangre, y si sucediera, ¿no se acusaria de imprudentes y temerarios á los promovedores del pensamiento? ¿Quién los compadeceria? Todos querian entonces haberlo adivinado, y todos prorumpirian en el consabido: «¡Qué habia de suceder! ¡A quién le ocurre tener un congreso católico en España!»

Es que llevaremos cada uno un revolver! No seré yo el que esté al lado del que lo lleve. ¡Estupendo congreso católico! Cuatrocientos ó quinientos católicos se reunieron en Toledo cuando lo de la unidad religiosa; y veinte gitanos y otros tantos voluntarios los hicieron correr á palos, á vista del gobernador civil y de los oficiales de la guarnicion, que celebraban con gran risa y chacota aquella algarada. Los descalabrados se curaron como pudieron, y los agresores aun se rien de la gracia. Por supuesto que no se reirian si no tuviesen guardadas las espaldas.

¡Pobres viajeros! ibais en una diligencia y os ha cogido Jaime el Barbudo: *sus chicos* llevan trabuco; vosotros estais echados boca abajo en un barranco: dejaos de bravatas.

Todos los días estais diciendo que en España no hay ley, ni justicia, que todo es una farsa, que los católicos en España somos los parias de la revolucion. Si no es cierto, ¿por qué lo decís? Si es cierto, ¿por qué vais á obrar como si hubiera ley, seguridad y justicia para vosotros en España?—Es que los extranjeros no comprenden esto.—Y porque ellos no lo entiendan ¿hemos de hacer una locura? ¿Se encargan ellos de curar las cabezas que se rompan? Con decir *¡cosas de España!* lo tienen explicado todo; y luego nos enviarán á decir que, estando esto tan malo, no debimos aventurarnos á tener congreso. En seguida de haberle robado á uno los ladrones, se le da el oportunísimo consejo de que no debió ir por aquel camino.

Pero supongamos que la asamblea se reúne, y se termina en paz (que es mucho suponer), y que se encuentra local idóneo, y que se reúnen fondos para los gastos, y que acuden católicos fervientes de todas las provincias (que tambien es mucho suponer), pues para reunirnos *los de siempre* no se necesita tocar llamada; ¿qué se va á hacer? ¿qué vamos á obtener?

Vamos á imponer á los impíos: vamos á protestar contra la sacrílega usurpacion de Roma, contra el cesarismo, contra el despojo del clero: vamos á

unirnos para ser mas fuertes, á secundar el movimiento general del catolicismo, á unir nuestros esfuerzos, reavivar la fe, fortalecernos mutuamente y dar cohesion á nuestras obras, finalmente á meter ruido é imponer á los enemigos, tocando la trompeta y rompiendo el cántaro como los soldados de Gedeon.

¿Pueden dudar los impíos de que el catolicismo español protesta contra la sacrílega usurpacion de Roma? Ya se lo hemos dicho en todos los tonos. Casualmente la junta superior de España fué la primera—ahí están las fechas—que protestó contra la invasion de Roma; y se ha hablado de todas menos de la nuestra. Se pasó una circular á todos los prelados católicos extranjeros y muchas asociaciones para promover una protesta general. ¿Qué adelantaremos pues con volver á protestar sobre lo que ya hemos protestado y repetir lo que ya hemos dicho?

Vamos á unirnos para ser fuertes. ¿Será esto cierto? se logrará este resultado? En mi juicio se lograría unirse para tres ó cuatro meses, que es lo mas que duran en España las que justamente se llaman *fervoretadas*. Nunca he visto resultados de union duradera procediendo de reuniones de mucha gente. *Plures per se tendunt ad plura*, como decia el axioma antiguo.

Y no entro aquí á tratar acerca de otro punto grave, *gravísimo*, y sobre el cual hay que callar, cual es la cuestion política. Yo no debo entrar en ese terreno: alejado completamente de la política, huyo instintivamente de todo lo que se roza con ella; y con todo, cualquiera conoce que sobre eso tenia que girar lo que principalmente debia escribir en esta carta.

Dícenme á eso: ¿Si todos pensaran así, medrada estaria España!—Si todas las mugeres se metieran monjas, dicen los impíos, se acabaria el mundo. La solucion que se da á este argumento impío, aplíquese al otro. No deja de ser chocante, que cuando apenas hay en España quien viva alejado de la política, se nos eche esto en cara á las dos ó tres docenas de españoles (si llegamos á ese número) que vivimos alejados de ella, sin seguir ninguna bandera mas que la del catolicismo puro y solo el catolicismo, sin adiciones ni de liberal ni de monárquico.

Hablemos pues francamente. Si se convocase á un congreso católico-monárquico, me prometeria mucho de él en España; pero convocando á un congreso puramente católico, no espero casi nada por ahora.

Oigo tambien decir á otros: «¿Cuándo querrá Dios que en España podamos reunirnos los católicos *al aire libre*, y tener *meetings* como los de los Estados-Unidos, Inglaterra é Irlanda!» Pero esos meetings, cuyo nombre ni aun sabemos pronunciar, ¿estan en nuestras costumbres y tradiciones? están en el carácter español? Se me figura que no, como no están en nuestros hábitos otras cosas de la raza anglo-sajona. Pero con esto aun se podria transigir quizá, como nos avenimos con otras cosas de ellos no usadas por nuestros mayores. Mas hay en contra de esto que el catolicismo no prescinde nunca de la caridad; y de esta dice san Pablo: «que no es amiga de andar chillando por las plazas y al aire libre, *non tollit in plateis vocem suam*.»

En resúmen, espero poco para el catolicismo de congresos, manifestaciones y peroratas. Estos son medios externos, de dudosa eficacia, y parodiados de lo que hacen los políticos enemigos del catolicismo, quienes oponen al punto un congreso impío á un congreso católico, como lo acaban de hacer en Suiza y en Baviera. Yo lo espero todo de los medios internos: la oracion, la limosna, la comunión, la reforma de costumbres. Sin estos ni hay ni puede haber nada sólido y verdaderamente cristiano. Así lo entiende tambien su santidad: desconfiando de todos los medios puramente humanos, solamente espera en Dios y dice á todos los que le visitan: ¡*orad!* ¡¡*orad!!* En vez pues de hacer en un congreso español inútiles protestas y elegantes peroratas, *oremos* y *oremos*: nueve dias de ejercicios espirituales valen mas que cinco de bullicioso congreso.

Esto no es decir que quizá no convenga reunir pronto una asamblea de católicos, como la que celebró en esta primavera la Juventud católica. Buena falta hace una reunion de los presidentes de la Asociacion de católicos, para activar y uniformar los trabajos de esta en donde hay juntas provinciales, y procurar crearlas donde faltan, y esto conforme á lo dispuesto en el artículo 30 de su reglamento. Pero estas asambleas modestas, útiles y silenciosas no corren el riesgo de ser *protegidas* por los toreros, como las otras mas concurridas y de mas aparato; y aunque hagan menos efecto en lo externo, quizá sea mayor su importancia real, y su mérito á los ojos de Dios, cuya gloria hemos de buscar exclusivamente y para él solo. *Ipsi honor et gloria*.

V. de la F.



CRÓNICA.

El día 28 de octubre fueron recibidas en audiencia particular por su santidad mas de ochenta personas, entre las que se contaban muchas familias francesas. Pio IX, tranquilo y sonriente, fué dirigiendo palabras cariñosas á cuantos allí le rendian el tributo de su adhesión y su entusiasmo. Por fin le llegó el turno á una jóven dama romana, que con ojos enternecidos desde que comenzó la audiencia, contemplaba al padre santo con la mirada candorosa de una admiración inefable. El papa se aproximó á ella y la miró también enternecido. ¿Cómo os llamais? le preguntó: entonces la jóven le dijo: «Santísimo padre, yo soy la hija de un profesor de la universidad. Los revolucionarios de 1848 le redujeron á prisión por motivo de su adhesión á la persona de vuestra santidad. Toda mi familia se halla tan animada de los mismos sentimientos, que antes sufrirá la muerte que separarse de la causa del vicario de Jesucristo.» «Esos sentimientos, contestó el padre santo, os honran sobremedida, hija mia, yo me acuerdo en efecto de vuestro padre, que era un ferviente cristiano. Imitadle en su virtud, que Dios os bendecirá.»

Entonces uno de los asistentes, dirigiéndose á su santidad con voz conmovida, le preguntó: «Santísimo padre, ¿hasta cuándo durará el triunfo de los impíos y la opresión de la Iglesia?» El papa levantando bastante la voz, contestó estas palabras edificantes que suponemos serán auténticas, y tales como debieron salir de sus labios venerables. «Todos nosotros hemos pecado, y lo que está acaeciendo no es otra cosa que un castigo de nuestras faltas. Resignarnos debemos á la voluntad del Altísimo con la persuasión de que Dios se dejará por fin aplacar ante las oraciones de su pueblo. Oremos sin cesar; el Padre de las misericordias tendrá piedad de nosotros y librárá muy pronto la ciudad santa de sus opresores. Oremos por los buenos, á fin de que perseveren en el camino del bien; oremos por los malos, á fin de que reconocidos de sus errores vuelvan á entrar en el redil del Buen Pastor. Y no es solo por la ciudad de Roma por la que debemos orar, sino por el mundo entero, pues por todas partes hace el mal progresos espantosos. En Francia la impiedad un instante comprimida vuelve á sacar la cabeza. En Alemania la herejía hace mayores esfuerzos que nunca para oprimir la religión cristiana y levantarse sobre sus ruinas. Pero lo que hace todo esto mas lamentable, es que los gobiernos favorecen este movimiento impío. En Rusia, en España, en Suiza, en todas partes en una palabra, la revolución se esfuerza por triunfar y por sumir la sociedad en un abismo de males. ¿Qué será de nosotros si Dios nos abandona? ¡Ah! hijos míos, dirijámonos á él para que nos salve y convierta las almas engañadas que corren á su eterna perdición. Yo os bendigo á vosotros y á vuestras familias. Ojalá que esta bendición os fortalezca en el bien y atraiga sobre vosotros y sobre vuestros hijos los favores del cielo.»

Anúnciase que el papa va á publicar una protesta contra las usurpaciones del gobierno italiano, declarándose único rey de Roma, y advirtiendo por lo tanto á las potencias que no sostendrá relación alguna con los representantes extranjeros cerca del rey Víctor Manuel.

Esta nota acaba de desmentir el despacho publicado por Julio Favre desnaturalizando las palabras de su santidad referentes al recobro de las provincias usurpadas á la santa Sede.

M. D'Harcourt, segun este despacho que aparece por vez primera en el libro *Roma y la república francesa*, pone en boca del papa, al contestar el 26 de abril al discurso en que le presentó sus credenciales como embajador de Francia, las siguientes palabras:

«La soberanía no es para descaída en tiempos como los que corren; lo sé mejor que nadie. *Todo lo que deseo es un pequeño rincón de tierra, del que sea verdadero dueño. Si se me ofreciera la restitución de mis estados, la rehusaría; pero*

en tanto que ese pedazo de tierra se me niegue, no podré ejercer la plenitud de mis funciones espirituales.»

Cualquiera comprende que estas palabras son completamente inexactas, pues están en contradicción con todas las que hasta ahora ha pronunciado Pio IX en encíclicas, alocuciones y hasta en audiencias y conversaciones privadas. Su santidad no ha tenido hasta ahora mas que una sola voz contra las usurpaciones de que la Iglesia católica es víctima, la voz de la protesta, la voz de la excomunión.

Por eso el cardenal Antonelli se apresuró á desmentir el despacho del libro de Julio Favre, apenas tuvo de él noticia. Pero el sumo pontífice prepara ahora una nueva protesta, no ya en forma de alocución dirigida á los fieles, sino en forma diplomática que llegará á todos los gobiernos, católicos ó no, á quienes advierte que no mantendrá relaciones oficiales con los representantes acreditados cerca de Víctor Manuel. Lo contrario, en efecto, parece que seria un reconocimiento implícito de la violencia que le tiene cautivo y atormentado.

Ya se ha encontrado el despacho original del conde de Harcourt, y se ve que no fué este quien transmitió inexactamente las palabras del pontífice, y si Julio Favre quien ha adulterado el despacho. Este decía entre otras cosas: «*El papa ha declarado que aunque en los tiempos que corren la soberanía es una carga, debe en conciencia reclamar sus estados.* Lo contrario de lo que ha dicho Julio Favre.

El día 8 del corriente se cumplió el 25º aniversario de la solemne toma de posesión por el papa Pio IX de la Archibasílica Lateranense, aniversario único en la historia de la Iglesia. Por culpa de la revolución este magnífico suceso no ha podido celebrarse con la debida pompa y solemnidad.

El Vaticano, sin embargo, estuvo lleno de gente todo el día, y la aristocracia romana acudió en masa á felicitar á Pio IX.

Después fué admitida en audiencia una comisión española de la Asociación de San José, fundada en Barcelona en 1867, y que ya cuenta con 400,000 individuos. El presidente D. José Bocabella la presentó á su santidad acompañado del padre Rodríguez, de la Merced, y leyó un precioso mensaje que mereció benévolas frases del papa. La comisión ofreció luego á Pio IX 30,000 francos en oro y una Sagrada Familia en plata maciza de peso de tres arrobas catalanas.

Dicen de Roma, que la *Asociación de los intereses católicos* ha creído conveniente cambiar de nombre; en adelante se titulará *Confederación católica*, y tiene muchos adherentes.

Entre los mas notables se cita al duque de Northumberland, quien se ha hecho inscribir por monseñor Nardi y ha pagado quinientos mil francos.

Los arzobispos de Colonia, Gnesen y Posen, y los obispos de Breslau, Limburgo, Paderborn, Tréveris y Munster, acaban de publicar una declaración colectiva en favor de los jesuitas, manifestando que hacen mucho bien en sus diócesis.

Tenemos á la vista un curioso estado de los beneficios hechos en el ramo de instrucción á los pobres de Madrid por la junta provincial de la Asociación de católicos, durante el primer semestre del año que corre.

La junta provincial sostuvo en Madrid 22 escuelas, á las que concurrieron 383 adultos y 1,477 niños. Los gastos durante los primeros meses de este año ascendieron á 57 mil 964 rs 21 céntimos.

Las confesiones de los niños y adultos asistentes fueron 703.

En la escuela de San José se ha conseguido la conversión de seis protestantes, y la del barrio de Salamanca tiene una biblioteca de unos 600 volúmenes.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

LA INQUISICION.

Si nos hubiera sido menos conocida la madurez y aplomo del Sr. Maura (D. Miguel), habríamos temido francamente que al tratar este delicado asunto no se dejara llevar de concesiones harto injustas só color de humanitarias á las ideas corrientes contra el formidable tribunal, ó de un espíritu de contradicción harto duro emprendiendo su vindicación absoluta. Sabíamos que no podía proponerse en su discurso encomios ni diatribas, sino darnos una idea imparcial y exacta de aquella institucion con relación á los tiempos y á las circunstancias, y en esto no nos engañamos: lo que no aguardábamos era tanta copia de noticias y datos interesantes como adujo en su improvisacion. Despues de zaherir con gracia los pueriles errores y declamaciones vacías que acompañan siempre á tal palabra, dividió su tema en tres puntos, tratando en el primero de la intolerancia civil en materias religiosas, en el segundo del tribunal de la fé en general, y en el tercero de la inquisicion en España. Probó en primer lugar que la intolerancia no era privativa del catolicismo ni de los estados católicos, que mas duramente la habian ejercido los idólatras, los musulmanes, los cismáticos y los protestantes, y aun ayer la Inglaterra, y aun hoy la Rusia, estendiéndose en consideraciones acerca de lo que aconseja segun los casos la sana política y prescribe la Iglesia para conciliar el sosiego de los pueblos con el inapreciable bien de la unidad religiosa y el triunfo de la fé con las leyes de la caridad. Fijó en el siglo XII la creacion del Santo Oficio con motivo de las sediciones de los Albigenses que todo lo devastaban; y comparando sus procedimientos y castigos, cuya aplicacion estuvo siempre reservada al magistrado seglar, con los usados en toda Europa por los demás tribunales, demostró cuan notable era la ventaja que les llevaban en blandura. Viniendo á nuestra España, manifestó que su inquisicion habia sido mas bien obra de los monarcas que de la Iglesia; que la habian hecho poco menos que indispensable la promiscuidad de razas enemigas, la judáica y la morisca, que cohabitando con nosotros se hallaban siempre dispuestas á apostatar y á rebelarse; que la establecieron los reyes Católicos, la mantuvo Carlos V y la fortaleció Felipe II, soberanos acaso los mas ilustres que cuenta España y tal vez la Europa, y que es crimen de lesa patriotismo insultar su gloria y calumniar sus intenciones que nunca pudieron ser crueles ni rastroseras; que sus rigores justos ó exagerados nos libraron de las horribas guerras civiles que inundaron en sangre las demás naciones, impidiendo que en nuestro suelo se aclimatara el protestantismo; que jamás hubo institucion mejor sostenida por las simpatías populares, que aplaudian lo que ahora nos estremece, como la posteridad acaso se estremecerá mañana de lo que hoy aplaudimos; y en fin que si alguien trató de mitigar su dureza fueron los pontífices, quienes con este objeto escribian á me-

nudo á los reyes y evocaban á sí las causas. Y concluyó señalándonos en el horizonte mayores peligros y mayores hogueras.

Esta noche pronunciará D. Tomás Aguiló su quinta disertacion sobre *la reciproca influencia de la religion y de la literatura*, fijándose especialmente en *la poesia hebrea*.

SUSCRIPCION DEL DINERO DE S. PEDRO.

Una atenta comunicacion del presidente de la Juventud Católica de Madrid nos pone en el caso de recomendar eficazmente á nuestros lectores esta permanente colecta, destinada á remediar las necesidades de nuestro Santísimo Padre despojado y cautivo; y á fin de que sea conocida, damos publicidad á los principales artículos del reglamento formado para su organizacion y gobierno y publicado por acuerdo del consejo superior en 1.º de octubre último.

Art. 1.º En todas las academias de *La Juventud Católica de España*, se crearan comisiones especiales para organizar y propagar el Dinero de San Pedro, y para recaudar los donativos que con destino al mismo hagan los católicos españoles.

Art. 2.º Estas comisiones recibirán el nombre de juntas de diócesis y constarán de un presidente nato que lo será el de la *Juventud Católica*, de un tesorero y de un secretario contador.

Art. 4.º En las diócesis en que no haya *Juventud Católica*, tendrá el carácter de junta de diócesis la establecida por el consejo superior de *La Juventud Católica*.

Art. 5.º Las juntas de diócesis crearán las de parroquias que sean necesarias y que se compondrán de un presidente, un tesorero y un secretario contador.

Art. 6.º La direccion general de estas juntas está encomendada al consejo superior de *La Juventud Católica*.

Art. 7.º Los cargos de las juntas del Dinero de San Pedro deberán recaer siempre en jóvenes que pertenezcan á *La Juventud Católica* en clase de académicos.

Art. 8.º En los puntos donde no se hayan establecido *La Juventud Católica*, serán ejercidos estos cargos por jóvenes de reconocida virtud ó por personas que se distingan por su adhesion al romano pontífice.

Art. 9.º Las juntas de diócesis serán nombradas por la junta directiva de la academia á que correspondan.

Art. 14.º Los donativos se harán por una sola vez, ó por suscripcion mensual, desde un cuarto en adelante, en dinero ó alhajas, especies y toda clase de valores.

Art. 17.º Tanto los suscritores como los que hagan donativos por una sola vez, podrán ocultar su nombre, en cuyo caso se les expedirá el recibo y figurarán en la suscripcion bajo las iniciales ó frase que al hacerlos indiquen.

Art. 19.º Las juntas de diócesis remitirán cada dos meses al consejo superior de *La Juventud Católica*, deducidos los gastos, todo lo recaudado acompañando, la liquidacion general por duplicado y una de las dos copias de la liquidacion parcial, remitida por cada una de las juntas de parroquia.

Art. 21.º El consejo superior remitirá á Roma cada tres meses, ó antes si lo estimase oportuno, las cantidades recaudadas, acompañando un estado general por diócesis y una de las dos copias de la liquidacion remitidas por cada junta de diócesis.

Art. 22.º Al fin de cada semestre ó de cada año por lo menos, el consejo superior de *La Juventud Católica* formará un estado en detalle por diócesis, de las cantidades remitidas á Roma, número de suscritores etc., al cual dará toda la publicidad posible.

Desde hoy por tanto queda abierta la lista de suscripciones y donativos á esta piadosa obra en la administracion de la UNIDAD CATÓLICA, libreria de Guasp, esperando que los mallorquines no desmerecerán en esta ocasion de la generosidad y celo de los católicos de la península.